

INTRODUCCIÓN

Este segundo volumen de mi obra, contiene la parte que considero la más importante de la historia del judaísmo.

Jehová, el dios nacional de Israel, se transforma completamente. De dios local o de provincia pasa a ser —por una especie de retorno al antiguo elohismo patriarcal— Dios universal creador del cielo y la tierra. Además, se convierte esencialmente en un Dios justo, lo que los dioses nacionales, lógicamente llenos de favoritismos, no son jamás.

El ingreso de la moral en la religión es un hecho consumado. Amós, Oseas, Miqueas e Isaías en la fecha donde se termina esta *Segunda parte*, lo han proclamado ya en relatos e himnos sumamente bellos.

Para muchos el judaísmo nació con el mundo, o mejor dicho, es una religión que no ha tenido principio. Ésta es una concepción equivocada. El judaísmo, como todas las religiones, ha tenido su principio y ha necesitado más de cuatrocientos años para formarse.

Mil años antes de Jesucristo, la religión israelita o sea lo que después se ha llamado judaísmo, no existía aún. La religión de David y de Salomón no eran muy distintas de las religiones de los pueblos vecinos a Palestina. Ciertamente unos ojos sagaces hubieran podido descubrir entonces los gérmenes (los gérmenes nada más) que debían desarrollarse más tarde. Pero si razonásemos de este modo, nada empezaría y nada terminaría en parte alguna.

La predistinción para una vocación religiosa, que puede enterearse en Israel desde la época más remota, no se dibuja con limpieza más que a partir del siglo IX antes de J.C. Los profetas se muestran entonces como creadores, en el sentido más noble de la palabra. Elías y Eliseo son los representantes legendarios de esta gran revolución. Después el movimiento evoluciona con hombres relativamente próximos a nosotros y cuyos escritos poseemos. Realmente al presentarse Ezequías en 725 antes de J.C. el judaísmo está ya totalmente formado. Lo que añadieron la época de Josías, los restauradores del tiempo de Zorobabel, y la reforma de Esdrás es una organización sectaria de extraordinaria solidez.

Procuraré mostrar en el próximo volumen (*Tercera parte*) cómo se realizó esta obra de organización que fue acabada cuatrocientos años antes de J.C. El judaísmo resume entonces toda la tarea religiosa de la humanidad; toda por entero, pues el cristianismo y el islamismo no son más que ramas laterales de este tronco.

La obra israelita, fuertemente sólida, únicamente ha sido quebrantada hace relativamente poco tiempo, en el siglo XVIII después de Cristo, cuando han comenzado a dudar los espíritus cultivados, que las cosas de este mundo sean gobernadas por un Dios justo. La idea exagerada de una providencia particular, base del judaísmo y del islamismo, y que sólo ha corregido el cristianismo en parte por el fondo liberal constitutivo de nuestras razas, ha sido definitivamente vencida por la filosofía moderna, que ha surgido no por especulaciones abstractas, sino por una constante experiencia. Nunca se ha observado, en efecto, que un Ser Superior se ocupe con un fin moral o inmortal de las cosas de la naturaleza y de las cosas de la humanidad. Es imprescindible que se opere una fuerte transposición en todas las ideas religiosas que nos legó el pasado; pero la fórmula que satisfaga a todos se ignora aún.